Introducción

Este epistolario de Miguel Hernández Gilabert a Josefina Manresa Marhuenda documenta la biografía del poeta desde 1934 hasta 1942, año de su muerte.

Las primeras cartas son quejas de enamorado sobre el fondo intrahistórico de su vida: sus cambios de domicilio, las pensiones en que vive, sus trabajos, sus amistades... Algunas las ilustra con un corazón atravesado por una flecha. Todas constatan la pureza de su amor, lleno de un respeto casi religioso. Hay párrafos en los que contrasta Madrid con su Orihuela natal.

Las que escribe en 1936 manifiestan su preocupación por la salud de Josefina. Se lamenta de que se retrasen y le pide que le escriba tarjetas para que lleguen antes, en los días difíciles de la guerra civil. Echa de menos Cox...

Cuando la contienda termina y Miguel inicia su peregrinación por las cárceles franquistas, sus cartas van marcando el triste itinerario y nos permiten saber —e imaginar más— su vida de preso, conocer a los amigos que le ayudan tanto como a Josefina, su desesperación y su estoicismo, dolorosas experiencias sobre las que triunfa la esperanza. Pero no siempre se lo cuenta todo a Josefina, para evitarle angustias. Sin embargo, estando ya en el Reformatorio de Alicante, declara al fin: «Nunca me he hecho ilusiones. Siempre he sabido lo que había de ocurrirme, pero he tenido que callarte muchas cosas para tenerte tranquila».

Si las primeras cartas estaban llenas de amor y de lirismo, salpicado de pasión y de alegría; si las de la guerra y las de la cárcel revelan su desvelo por la seguridad de los suyos y por el hambre que pasan, las últimas son la dolorosa historia de su enfermedad que culmina en su fallecimiento prematuro.

Mas, frente al destino trágico que dejan entrever, se salvan en nuestra memoria las que son un canto al amor que los une por encima de guerras y de cárceles, de obligadas separaciones y de muertes. No olvidaremos nunca frases como éstas: «Nos queremos los dos, como nadie se quiere, nena»; «Se han empeñado en amargarnos la existencia y para nosotros debe de ser siempre bueno y dulce vivir y luchar por la verdad de nuestra vida, que es la de nuestro hijo. Y aunque el mundo entero se empeñe en hacernos desgraciados, seremos felices por encima de todo, tú ahí, yo aquí, sabiendo que nos queremos como no le es posible quererse a nadie. Esto no hace otra cosa que agrandar nuestro querer y nuestra firmeza en la lucha por el pan».

«Te quiero» y «quiéreme» se repiten incesantemente a lo largo de este encendido epistolario. Miguel se nos retrata como el más «corazonado» de los novios —usando una expresión suya— y de los maridos, al leer estas cartas a Josefina, única novia y esposa. Inseparablemente unido a este amor, está el de los hijos, verdadera alegría de su vida, esperanza y no menos honda pena.

El amor entre Josefina y Miguel

En 1934 Miguel Hernández trabajaba en una notaría de Orihuela. Pasaba por la calle Mayor para ir de su casa a la oficina notarial, o a la inversa. En una de estas idas y venidas, descubrió en la calle a una joven que le impresionó por su palidez, sus ojos y pelo negrísimo. Descubrió que entraba en un taller de costura. El encuentro se repetía y Miguel empezó a sentirse enamorado, a buscarla todos los días con la mirada y el corazón. Trataba de pasar con la mayor frecuencia posible por la acera del taller, que estaba en una planta baja. Averiguó las horas de

entrada y salida. Rondaba y rondaba continuamente. La joven se fijó en él: le veía pasar siempre con papeles en las manos. Miguel, al fin, decidió abordarla, pero ella le rehuía, recibiendo los primeros desvíos de la tímida mujer que amará siempre, asustada de tanto ímpetu. El amor entra en su poesía y abre en ella su vena dolorida. La vida del poeta empieza a girar en torno a Josefina Manresa como un «satélite». Lo que afirma en su primer soneto amoroso, lo sostendrá siempre con toda su existencia: la amada será el astro en torno al cual girarán sus pensamientos, sus sentidos y sus acciones, desde este año hasta el momento mismo de su muerte, salvo un breve interregno de confusión interior. Ha encontrado el amor único y la mujer única. Ha ido a ella sin vacilaciones, con impulso a la par ciego y clarividente, con firme determinación del alma y del cuerpo. Ni la guerra ni las cárceles —tristes separaciones— atenúan la fogosa llama de este amor purísimo enraizado en la carne y en el espíritu. Josefina Manresa —novia, esposa y madre de sus dos hijos— será siempre una de las fuentes esenciales de su poesía. Desde ahora habrá en sus poemas una veta amorosa, virilmente apasionada, que no se debilitará ni se perderá nunca. Agónico amor que nada será capaz de atenuar o serenar.

El padre de Josefina era guardia civil. Miguel iba a buscarla al cuartel de Orihuela y la llamaba con un silbido. Pero un loro aprendió el silbo y, a veces, engañaba a Josefina. Acaso por estas circunstancias le nacen los «Silbos» y *El silbo vulnerado*. Cuando parte a Madrid —en marzo— ya son novios formales. Se inicia —con esta primera separación— un epistolario del cual se han salvado las cartas de Miguel que pudo conservar Josefina a lo largo de los años: reunidas en este libro —mucho después de haber sido copiadas a máquina por María de Gracia Ifach, la abnegada estudiosa de la vida y la obra hernandianas—, son documentos testimoniales autobiográficos del poeta oriolano que emociona leer [1].

---

[1] Y releer, en mi caso, pues las conocí en 1953, manuscritas, cuando preparaba mi estudio sobre *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y Obra. Bibliografía. Antología* (Hispanic Institute in the United States,

El proceso de adaptación a la urbe es lento y pasa por todas las etapas naturales y necesarias en que odio, atracción y amor combaten al mismo tiempo. Miguel echa de menos su paisaje oriolano, las higueras de su «huerto», sus ropas holgadas, su novia reciente. Cuando vuelve a su ciudad para disfrutar de sus primeras aunque cortas vacaciones, se renueva su alegría vital y sus frutos poéticos se darán pronto. Regresa a Madrid, lleno de sol levantino pero también de nostalgias que no le compensan todavía sus amigos nuevos, pues sigue apegado a su terruño a través del recuerdo. Suplica a Josefina que le escriba extensamente; él, por su parte, para decirle «te quiero», desearía enviarle una carta «cada cuarto de hora». Echa de menos «sus ojos llenos de pureza y verdad». No va a ningún sitio: «De mis asuntos a mi casa y de mi casa a mis asuntos, como tú de la tuya al taller y de éste a tu casa». «No hay ninguna mujer —le escribe— digna de compararse a ti». La trata como si fuera una niña: «juega con tu hermanica Carmen a todo lo que juegan las *niñas buenas* y pueriles como tú». Después la llama con ternura «virgencita mía, novia de mi recuerdo». Sufre mucho por tenerla lejos.

Miguel es ahora un paladín de la «poesía impura» que pregoniza su gran amigo Pablo Neruda. El 24 de enero de 1936 se acaba de imprimir en Madrid *El rayo que no cesa*, libro de apasionado y atormentado amor, dedicado a Josefina. Busca a su antigua novia como la nave el puerto, comprendiendo el mérito de la joven sencilla y pura y a quien explica el exacto sentido de la dedicatoria que encabeza sus sonetos: «Todos los versos que van en este libro son de amor y los he hecho pensando en ti, menos unos que van a la muerte de mi amigo» [Ramón Sijé]. Quiere trabajar mucho para ver si pueden casarse pronto: «Esta vida tan sola no puede continuar mucho tiempo». Desesperado por la lentitud de las cosas, le escribe con humor: «Verdaderamente andan hacia atrás los días

---

New York, 1955). Numerosas citas extraídas de ella me sirvieron para «documentar» mi trabajo, aunque fragmentariamente. Al ser publicadas ahora en su totalidad, se convierten en una fuente de información completa, abierta a cualquier lector interesado.

y si van hacia adelante van más despacio que las tortugas. Los días debían ser manejados como un reloj, ¿no te parece? Y nosotros le daríamos cuerda y lo adelantaríamos cuando nos diera la gana».

Se reintegra a su tierra, al amor y a la amistad. Por esos días, la ciudad descubre una lápida en memoria de Ramón Sijé. En este acto Miguel lee unas cuartillas conmovedoras en recuerdo del amigo muerto y su «Elegía». El «dolorido sentir» es suavizado por la hermosa realidad del amor reencontrado, inequívoco: pasea con su novia por la glorieta, coge una rosa para ella. Cuando se despide, le ruega que le envíe un pétalo en cada carta. En Madrid vuelve a sentirse desesperado, aunque tiene a su lado los pétalos de la rosa que ella llevó «en el trono de su pecho»: «Lleva mucho cuidado con tu corazón y que no se te deshoje, porque sería muy triste para mí»; «tengo una gran amargura dentro de mí viéndome otra vez solo y solo como un árbol sin bosque». El amor —a la mujer elegida y a la tierra nativa— vence en Miguel, por encima de todas sus aspiraciones. Pero no le es fácil libertarse de Madrid y sigue allí, amarrado a su trabajo oficinesco, a sus biografías toreras. Su deseo de casarse pronto crea en él ilusiones y sueños.

La primavera de 1936 marca en la vida de Miguel un período de exaltación amorosa. Su carta del 5 de mayo comienza con la palabra «Locura» y las siguientes las encabeza con la palabra «Amor». En toda esta serie derrama Miguel un apasionado y conmovedor lirismo amoroso. Estas cartas son su biografía viva, pues en ellas vierte todos sus pensamientos, sus ensoñaciones y cuanto hace. Al mismo tiempo sellan el compromiso de amor contraído en su último viaje a Orihuela: «Sigue mandándome hasta el último pétalo de tu rosa y mía, que así me creeré que el tiempo no pasa, y que estoy en Orihuela todavía como cuando la besamos en los andenes de la estación». No se cansa de escribir a Josefina —a la cual identifica con el paisaje oriolano: «Estoy cada día más enfermo de amor». Pero sigue trabajando sin descanso, pues aspira a casarse lo antes posible: «Nos casaremos inmediatamente, tú por la iglesia y yo por detrás de la iglesia».

Sobreviene la guerra civil. El poeta se entrega total y

apasionadamente a la causa del pueblo y de la República: se incorpora a las milicias populares como un voluntario más. La guerra es para él —como para el pueblo— vida y esperanza, una forma de acabar, por medio de la guerra, con la guerra: se hace «eco, clamor y soldado de la España de las pobrezas» —según él mismo dijo en un discurso pronunciado en Valencia a fines de 1937. Y se consagra como el primer poeta de la guerra civil, como el gran poeta del pueblo.

En vísperas de la Navidad de 1936 —en una carta en que aparecen dibujados dos corazones encadenados—, ruega a Josefina: «Quiero tener una carta tuya muy larga, muy larga en la que me digas si te parece oportuno nuestro casamiento en enero, a pesar de todo lo que te sucede. Yo no deseo otra cosa que vivir contigo, y, a pesar de todo, quiero tenerte a mi lado». Pero debe retardar sus proyectos de boda, a causa del enorme trabajo que pesa sobre él —es Comisario de Cultura— y la marcha de la guerra. Esta le pone en contacto con las tierras y pueblos de España. Conoce el paisaje andaluz y llega a Jaén. Desde aquí parte a buscar a su novia: se casan civilmente en Orihuela el 9 de marzo de 1937, en un acto sencillo y sin pompa alguna. Inician su vida de casados pero han de separase el 19 de abril. Josefina marcha a Cox porque enferma su madre, la cual fallece a los pocos días de llegar. Breves bodas, la guerra, la muerte, el campo andaluz...

El 7 de mayo Miguel escribe a Josefina «... me parece que estoy mudo desde que no hablo contigo». Pero añade: «No sé cómo decirte la gran alegría que tengo con lo que me dices de que voy a ser padre y cuando lo he leído te hubiera llenado de besos de arriba abajo, mujer, compañera, tormento mío. Ya me parece que eres de cristal y que en cuanto te des un golpe, por pequeño que sea, te vas a romper, te vas a malograr, me voy a quedar sin ti».

El 28 de agosto sale de Valencia para ir a Rusia, país en el que permanece un mes: ha de estudiar allí el teatro ruso, «en beneficio del que yo hago en España». Pasa antes por París: «Me acuerdo mucho de España, como si la hubiera perdido para siempre». Estocolmo, Moscú, Leningrado... En cuanto regresa, se incorpora al ejército y

participa en la toma de Teruel. Estando en el bélico suceso, le nace en Cox su primer hijo —Manuel Ramón— el 19 de diciembre. Se siente padre y las penas de la guerra se empequeñecen ante el milagro de la vida. Sin embargo, su «Manolillo» contrae una pertinaz infección de intestino que desemboca en su muerte el 19 de octubre. El poeta llora porque no le ha visto ni nacer ni morir. En cambio, ve entrar a su hijo en la tierra de Cox: «Era un hoyo no muy hondo...» Y la alegría se vuelve entre los esposos «ráfaga torva». Pero el niño ha dejado un rastro entre los vivos: el poema «Hijo de la luz y de la sombra», escrito por su padre, además de otras canciones.

Si un hijo va a la tierra, otro viene en camino: Manuel Miguel nace el 4 de enero de 1939 en Cox. El feliz natalicio es una explosión de savia humana y espiritual en el poeta, que vuelve a sonreír por segunda vez sobre una cuna, porque ignora que será la última.

La guerra civil termina el 28 de marzo y empieza el éxodo y la persecución del bando derrotado y de todos los españoles que habían defendido la República. Miguel se halla en el frente Sur y decide pasar a Portugal, cuya policía le detiene por indocumentado y le entrega a la Guardia Civil del puesto fronterizo español de Rosal de la Frontera, sin querer atender a su invocación de refugiado político. Sufre malos tratos y es enviado a Madrid, padeciendo vejaciones de toda índole. Ingresa en la Prisión Celular de Torrijos. Lo que más le preocupa es la situación de Josefina, su hijo y «ahijadas» (cuñadas). El 5 de agosto Miguel se manifiesta angustiado —aunque bromea— por las penurias de su mujer: la cebolla que comes, además de los otros manjares, te mantendrá a viva fuerza en la línea y hasta es posible que te ponga más elegante de lo que ya eres».

Preso en Orihuela, redacta patéticas líneas para Josefina, acuciado por la desesperación: «Come tú, comed mientras haya qué. Vende, empeña, si es preciso, al niño. Pero será mejor que te metas antes en la cárcel conmigo, y nos moriremos juntos, como hace tiempo hemos acordado». Hambre, amor y muerte —¡boda triple!— en la cárcel oriolana: climax posible de la tragedia vivida por Miguel y Josefina. El poeta, no obstante, intenta dar áni-

mos a su mujer, nuevamente, en ese terrible mes de octubre de 1939, a pesar de que el hambre de Josefina y de su hijo le atormentan aún más, sabiéndoles cerca de su prisión.

Trasladado a Madrid, Miguel expresa su amor a Josefina, una vez más, uniéndolo al hambre de preso que está padeciendo: «Yo te aseguro que no nos cansaremos ninguno de los dos del otro. Siempre he tenido hambre de Josefina y es una comida que no me hartará nunca. Además, es mucha el hambre que estoy reuniendo día tras día y no será posible dejarme satisfecho». «Espera, espera, Josefina. Nuestro sino, ya lo sabes, es esperar. Vendrá mi libertad y seremos felices» (enero 4, 1940). Al dar esperanzas a Josefina, estoicamente se las da a sí mismo. El 12 de febrero confesará: «Tus cartas se me gastan en las manos, y sólo las dejo cuando se me caen de rotas». Piensa en ella sin cesar y, para consolarla, bromea en sus líneas muchas veces: quisiera evitarle los incontables sacrificios que ha hecho y hace Josefina por bondad, por amor y por sentido del deber: «Tienes madera de mártir, y es muy posible que algún día vengas en el santoral del almanaque: Santa Josefina, casada, tonta y mártir. Vas a ganar el cielo martirizándote con zapaticos y todo. Te veo subir como un cohete, con esas alas que ya tienes de no comer en busca de la gloria.»

La carta del 9 de junio es un exponente más de su patético amor: «Nos vamos a apolillar de no usarnos el uno al otro, y nos va a pasar lo que a las herramientas cuando no trabajan mucho tiempo, que pierden el brillo y la fuerza». El hambre es el gran tormento de todos: «De buena gana te mandaría el pan que me como». «Si el cariño alimentara, ¿para qué querrías más pan?». Cuando le trasladan al Penal de Ocaña, Josefina —a fuerza de sacrificios— le envía paquetes postales conteniendo «mantecadas, turrón y chocolate» que el poeta comparte con sus compañeros de prisión en justa y fraternal reciprocidad carcelaria. Le duele hondamente la situación de Josefina en Cox: «Te estás pudriendo ahí, agobiada por la lucha que llevas para seguir adelante...».

La reclusión que sufre, acrecienta su amor más y más, como lo demuestran sus cartas. El 8 de marzo se desa-

hoga de la pasión que le quema y le sostiene al mismo tiempo: «Por mi parte, todo lo bueno que me ha de pasar en este mundo lo espero de ti, Josefina. Toda mi confianza la tengo en ti y en nuestro hijo. Es por vosotros por quienes estoy dispuesto a hacer frente a todos los contratiempos y el ánimo más grande lo tengo pensando en vosotros. Y aquí me tienes cabezón siempre, como mi hijo, dispuesto a ser más cabezón cada día, más obstinado en querer lo que quiero». Esposa e hijo, unidos en un mismo amor, son fe y esperanza para el recluso.

Le llevan al Reformatorio de Alicante y Miguel puede al fin ver a Josefina, pidiéndole que deje de enviarle comida. Ambos pasan hambre y, por amor, renuncian a satisfacerla aunque sea parvamente. Así lo demuestran unas letras del 12 de septiembre: «Josefina, no me mandes tu ración de pan, o voy a tener que dejar de enviarte mi ración de cariño». El hambre, patéticamente, acendra el amor y el autosacrificio de esta pareja única.

Locura de amor

El amor es para Miguel Hernández, más que alegre, dolorido. Josefina se ha metido en su vida «como una espina muy honda»: «aunque me duele me gusta y no me la quiero quitar» (julio 4, 1936). Voluntariamente condenado a un amor sufriente, percibe las capacidades milagrosas del amor. Ha notado, por ejemplo: «cada día nuestra letra se parece más, que yo procuro sin darme cuenta casi hacer tu letra, que tú haces lo mismo. Yo creo que eso es señal de que cada día nos entendemos mejor y que nuestras vidas terminarán por confundirse y ni tú sabrás si tu vida es la tuya ni yo sabré si la mía es la mía o la tuya» (julio 7, 1936). Les arrastra una verdadera locura de amor. Miguel reconoce: «no me puedo volver más loco de lo que estoy, que tengo no sé cuantos ramos de locura por ti... Que el manicomio en que me metan sean tus brazos y tu boca...» (julio 11, 1936). Sin embargo, la guerra le obliga a superar su locura de amor, pensando en el dolor de los demás. Y «sermonea» por carta a Josefina: «me da mucha rabia saber que sufres y lloras, pensando

en que ahora, precisamente ahora, cuando tantas novias y tantas madres están quedando sin sus hijos y sin sus compañeros, cuando debieras ser más fuerte que nunca, te dedicas a las lágrimas, como si única y exclusivamente existiéramos tú y yo en el mundo...» (agosto ?, 1936). Sin embargo, pensando en su próximo casamiento, declara: «Ninguna mujer merece mi cariño como tú lo mereces y aunque te parezca vanidad, ningún hombre merece tu corazón como yo me lo merezco. Aquí estoy deseando coger el tren y marchar junto a ti, pero no me lo permiten las cosas que están pasando ni el trabajo que me dan, ni los trenes que no funcionan» (enero 25, 1937).

Contraen matrimonio pero los gozos de la boda terminan pronto, pues la guerra continúa. Miguel escribe a la que es ya «su» mujer: «No sabes qué poco me adapto a vivir sin ti. Cuando volví de mi viaje la tarde que tú te marchaste, subí a la habitación nuestra con la esperanza de encontrarte en ella todavía y salió a recibirme tu olor a la puerta, y tu olor no se ha ido de mi olfato ni de nuestra habitación, que parece que te espera con más ansia que yo... Me encuentro vacío en esta cama tan grande para mí solo» (abril 20, 1937).

Autorretrato

A través de las cartas a Josefina, entrevemos —entrecortadamente— un autorretrato del poeta, físico y moral: sus rasgos, su manera de ser, sus gustos, enfermedades... Se sabe hecho de fuego, «rayo que no cesa». En plena guerra —el 18 de febrero de 1937—, le escribe: «te habré parecido en esta carta una especie de cura revolucionario soltando un sermoncito». Estando en Castuera, le cuenta que se ha cortado el pelo: «Parezco un seminarista, con un flequillo que me ha dejado Manolo y es muy posible que me tomen por eso» (junio 19, 1937). Y escribe desde la cárcel, ante la fotografía de su hijo fallecido, reconociéndose: «me veo a mí, con los mismos ojos de fiera pequeña que yo tuve a su edad» (agosto 29, 1939). Y hablando de sus ropas, redacta una de sus cartas más patéticas: «si no tengo ropa cuando salga, con ponerme

una mano en el occipucio y otra en el precipicio, arreglado. Así y todo procuro conservarla y uso más la vieja y todo son cosidos y descosidos y ventanas por todas partes» (septiembre 12, 1939). Aún más triste es la escrita en Orihuela: «cuando salga de esta sombra perpetua, me he acostumbrado tanto a ella que me dan ganas de quedarme aquí, como modelo de presos. Todos los que hay aquí, mil setecientos, tienen una cara de presos que meten miedo. Seguramente a mí me pasa lo mismo. Pero como no me veo, no me asusto. Más blanco sí que estoy, porque me lo dicen y porque me veo los brazos. Voy a salir como el palmito, como un verdadero troncho de col, azúcar y canela» (octubre, 1939). Trasladado a Madrid, se autodescribe: «Yo estoy precioso con el pelo al rape y la cara de preso que tengo. Verdaderamente tengo cara de bandido, Josefina. (febrero 12, 1940). La cárcel ha ido influyendo en su carácter: «Siento hacerme sermoneador en plena juventud... La cárcel me está volviendo viejo y serio antes de tiempo. Aunque la seriedad es cosa vieja en mí, aunque a veces la disimule con una sonrisa» (junio 3, 1939).

En cuanto a sus gustos, proclama a fines de mayo o principios de junio de 1936, desde Puertollano: «Me gusta el agua como el pan...».

Retrato de Josefina

De este epistolario emerge el retrato —intermitente— de Josefina Manresa: su físico, su carácter, sus cualidades morales. Según Miguel, tiene «mucho ingenio» y que suele rezar. El físico de Josefina se nos muestra a través de una carta del 4 de julio de 1936: «Estarás hermosísima ahí, en medio de ellas, más árabe aún tu cara de facciones árabes. Tengo unas ganas locas de ir yo como otro moro a pasear contigo por ese gurugú, calle arriba y calle abajo, y salir los dos a las afueras del pueblo». Miguel no ignora la timidez y el pudor de Josefina, aunque se atreve a trazar su retrato completo: «Tus señas particulares son pelo largo, hecho un puro anillo y negro, negro como un rincón de noche, su piel pálida y graciosa, su boca de-

muestra una mujer de mucha voluntad y es fina y bien recortada, su nariz copiada de Venus y sus ojos profundos y pensativos y guapos en medio de dos cejas como dos puñaladas de carbón fino». En plena guerra, recuerda sus ojos «negros y serios» que le dan tanto calor. Pero en la cárcel, a fuerza de ausencia, el rostro de Josefina va evadiéndose en su recuerdo: «Acostumbrado a esta vida, no me acuerdo con claridad de tu cara. A veces, cuando te pienso me cuesta trabajo ponerte tu verdadera cara. Se me olvida día por día. Haz tú por que yo te conozca pareciéndote más cada día a ti misma, y así te reconoceré enseguida» (marzo 4, 1940).

Los hijos

Miguel Hernández soñó perfectos a sus dos hijos y como parte del amor a Josefina. Así, antes de su matrimonio, bromeando, le escribe a ésta: «vamos a tener unos hijos que van a ser genios de tanto que van a saber. Tú lista y yo listo, figúrate los niños que tengamos, digo, que tengas cómo van a ser» (junio 2, 1936).

La guerra es, para él, no sólo una lucha colectiva por la libertad y la democracia sino algo personal y entrañablemente ligado a su ser y al de Josefina: «con la guerra que nos han traído no defendemos más que el porvenir de los hijos que hemos de tener. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen penalidades, las privaciones y humillaciones que nosotros hemos pasado, y no solamente nuestros hijos, sino todo los hijos del mundo que vengan». Y añade: «A tus hijos, a mis hijos, les enseñaré a trabajar, sí, porque el trabajo es lo más digno del hombre, pero a trabajar con alegría y sin amos que los hagan sufrir con insultos y atropellos» (febrero 18, 1937).

A Manuel Ramón —su primer hijo— le dedica tiernísimos epítetos onomatopéyicos. Las penas de la guerra se empequeñecen ante el milagro de la vida. Y el poeta confía: «nuestro Manolillo, que va a ser más grande que el mundo» (marzo 23, 1938). Pero el niño fallece. Su segundo hijo —Manuel Miguel— le renueva su alegría perdida, mas ésta se acaba pronto al terminar la guerra y co-

menzar su éxodo carcelario. En sus cartas a Josefina incluye otras para su hijo, como si le hablara. Y nunca olvida al Manolillo muerto. Preocupado por cuanto se refiere al niño vivo —cuya sonrisa contemplada en una fotografía es en la cárcel su mejor compañía—, escribe a Josefina: «Hemos de defenderlo de todo lo malo de este mundo y hemos de luchar que no se encuentre nunca tan indefenso como nosotros nos vemos en esta ocasión» (agosto 29, 1939). No deja de preguntar por él en cada carta, entre bromas y patéticas verdades. Le fabrica juguetes: un perro, un gato, un carro con un caballo... Cuando al fin logra entrar el niño en el Reformatorio de Alicante para ver a su padre, éste comenta: «Ya sé lo que es tener un hijo en los brazos, Josefina, y sé que Manolillo [2] me conoce muy bien. A Rosita le decía: mi papá es mío, el tuyo es Paco» (setiembre 26, 1939).

La guerra

Las cartas a Josefina nos dan la «visión» hernandiana de la guerra civil en rápidos apuntes alusivos, en breves opiniones de exaltación o condena. Sus poemas han de ir recogiendo —hechos poesía— los momentos más intensos.

El 28 de julio de 1936 Miguel cuenta su impresión de los primeros días de la contienda: «Ha habido unos días en que no he podido salir a la calle de los tiroteos que había en todo Madrid. El cuartel de la Montaña está muy cerca de mi casa, y los aeroplanos pasaban por encima de ella para descargar bombas sobre los sublevados. Todos los obreros de aquí llevan escopeta, fusiles, revólveres y cada paso que da uno tiene que acreditar la personalidad». El 21 de septiembre añade: «Aquí está todo muy tranquilo, no pasa nada malo y solamente se apagan las luces a las once de la noche. Nadie sale ya a esas horas porque entonces sí que es peligroso andar por las calles

[2] Este niño —Manuel Miguel— que tanto ensoñó y alegró al poeta, falleció en Elche de una embolia pulmonar el 23 de mayo de 1984.

y quien no lleva la llave para abrir la puerta principal de la casa, se queda a dormir al relente».

El 27 de septiembre se encuentra en Cubas haciendo fortificaciones y duerme en una fábrica de tapices, «metido en un estante de los que hay para colocar la lana». El 9 de octubre se queja de las anomalías del correo y de que la censura militar sea la causa del retraso; le parece preferible escribir tarjetas porque tardan menos en llegar a su destino.

La correspondencia entre los novios va registrando los avatares de Miguel: Pozuelo de Alarcón, Alcalá de Henares, Valdemoro... «Deseo cada día con más ansia que se acabe la guerra y poder vivir tranquilamente a tu lado, sin preocuparme de otras cosas que no seas tú, adorada mía» (noviembre 24, 1936). Pero continúan sus idas y venidas —como Comisario— por los frentes de guerra: Jaén, Castuera (Extremadura), Valencia... El poeta no cesa de trabajar. A fines de agosto de 1937 sale para Rusia. El 30 escribe desde París: «Aquí, en comparación con la nuestra, la gente me parece de cartón. No hay nada como España y más en estos momentos que vivimos». Tales frases son un testimonio escrito de su españolidad. El viaje prosigue y llega a Estocolmo, pasa por París nuevamente; nota las diferencias de paisajes, comidas y gentes. «Aquí se habla casi sin hablar, en silencio y ahí todo son gritos y alegría» —comenta. En cuanto a Rusia, opina: «Es muy bonito Moscú, pero no tanto como Cox» (septiembre 3, 1937). Siente nostalgia de su tierra, aunque trabaja mucho.

Regresa a España. Madrid, asediado, sobrevive...

Las cárceles

Terminada la guerra, empieza el éxodo de Miguel por las cárceles de Franco. En Madrid le atormenta el hambre de los suyos —él ha recibido comestibles enviados por José María de Cossío—: «Hoy, comiéndome media libra de chocolate del que a ti te gusta, me daba ganas de guardarlo para ti, pero se derrite con el calor y es mejor derretirlo con la boca» (mayo 31, 1939). El 11 de julio le

habla a Josefina de su estado de ánimo: «He visto a la gente que me rodea desesperarse y he aprendido a no desesperarme yo». Tiene buenos amigos y, gracias a ellos, dice que come «estupendamente». Es obvio que desea tranquilizarla. Lava y cose sus mudas, aunque algunas veces se las llevan las familias de estos amigos: «estoy casi como en un hotel de primera». Ironía y amor se entremezclan con penuria y miseria. El humor y las bromas encubren su tristeza y su soledad. Por entretenerse y consolarse, ha pintado en el techo que da sobre su cabeza un caballo y un pájaro con un letrero: «Estatua voladora de la libertad». El amor le sostiene y le da fuerzas para soportar las desdichas carcelarias: vivifica su estoicismo y alimenta su esperanza. Estudia francés e inglés. El 14 de noviembre se queja del frío de Palencia: «Hace frío de verdad aquí. Al que le da por reírse, le queda cuajada la risa en la boca, y al que le da por llorar, le queda el llanto hecho hielo en los ojos». Como sigue haciendo «turismo» —en palabras suyas del 27 de noviembre—, llega al Penal de Ocaña en donde le agasajarán los amigos que encuentra allí, después de sufrir un período de incomunicación reglamentaria. El 10 de enero se sincera con Josefina: «he de pasar los malos ratos con el mejor ánimo y hasta con cierta alegría. Pero no olvides que la cárcel es la cárcel y que hay cosas que más vale no decirlas hasta que hayan tenido remedio». Un sarcasmo dolorido tiñe sus líneas del 29 de marzo: «Muchas gracias por el ofrecimiento de tu nueva casa, mujer. Yo no te ofrezco la mía, porque la cama sólo tiene dos ladrillos y medio de ancha, y aunque te quisieras caer de ella no podrías caerte por estar ya en el suelo». Poco a poco, va desvelando nuevos detalles de su vida carcelaria entre líneas de amor y de ternura.

El hambre y la familia

Este es uno de los temas más patéticos que subyace en las cartas a Josefina. El paradigma más impresionante data del 12 de septiembre de 1939, fecha en que Miguel escribe desde Madrid estas frases tan ligadas a la vida de su esposa e hijo como a la suya y a su poesía: «Estos días

me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas que le he hecho ya que aquí no hay para mí otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme. Prefiero lo primero y así no hago más que eso, además de lavar y coser con muchísima seriedad y soltura, como si en toda mi vida no hubiera hecho otra cosa». Es el cruel asedio de la miseria y de la necesidad que no perdona ni a los presos ni a sus familiares. A causa de ellas nacerán las celebérrimas «Nanas de la cebolla», por milagro de la Poesía.

Miguel está siempre preocupado por sus padres, sobrinos y cuñadas, aunque nada puede hacer por ellos desde la cárcel.

Los amigos

En el epistolario aparecen frecuentes citas que se refieren a los mejores amigos de Miguel, que siempre le ayudaron fraternal y generosamente: Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, José María de Cossío, Germán Vergara Donoso, José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Rodríguez-Spiteri, Luis Rodríguez Isern, Fernando Fernández Revuelta, etc. En cuanto a los que están en la cárcel con él, escribe: «Conmigo hay varios amigos y hasta cantamos, además de comer y reír juntos» (mayo 28, 1939). Y dos días más tarde: «Ayer vino a verme Cossío y hará cuanto pueda por ayudarme a salir. Hoy me traerá un paquete de comida». Sus esperanzas de libertad las deposita en el gran poeta chileno que desde el extranjero «se preocupa grandemente de todo y hasta un cardenal francés hace gestiones» (julio 25-27, 1939). Pero lo más conmovedor es lo que cuenta a Josefina el 12 de diciembre: «Sin conocer de antes a ninguno de ellos, tengo un puñado de amigos que me han ofrecido a su familia para lavarme la ropa». Es la solidaridad de los vencidos, de los encarcelados y de todos los suyos: la ayuda mutua es la única defensa contra la represión y el hambre, el único consue-

lo contra la desgracia y la crueldad. Miguel está profundamente agradecido a estas personas «que hacen cuanto pueden por que la cárcel me parezca menos cárcel de lo que es» (junio 9, 1940).

Enfermedad y muerte

A fines de noviembre de 1941 Miguel contrae unas fiebres tifoideas de «proceso lentísimo»; luego, se le declara «una tuberculosis pulmonar con nutrida siembra microbial en el pulmón izquierdo». Inicia una lucha tremenda con la enfermedad y la muerte: su espíritu se aferra a la vida y trata de salvar el desmoronamiento total de su cuerpo, no sólo por sí mismo sino por los seres que ama. La fiebre le deja sin voz, sin pulso y sin energía. Las cartas que escribe a su mujer desde el Reformatorio de Alicante no son tales, sino breves notas escritas con una grafía débil, a lápiz, en las que pide medicamentos, inyecciones, comidas especiales, «sustancia» (caldo de arroz hervido con canela y limón», leche, algodón y gasa. Casi todas sin fecha, casi todas escuetas por economía de fuerzas. Casi todas en papel delgado de color oscuro, y casi todas salen de la cárcel clandestinamente dentro de una lechera vacía. La fiebre le consume, «se lo come todo» —explica Miguel. Sólo puede estar en la cama; de pie, se marea y se cae. Ni siquiera puede salir al locutorio para comunicar. Tampoco se permite la entrada a su mujer hasta que él no estuvo muy grave. Se desespera de verse así y, en algunas ocasiones, a causa de la fiebre, manifiesta pequeñas impertinencias de enfermo en las notas que garrapatea. La gravedad de su estado hace necesaria una freniceptomía, pero los rayos X acusan la existencia de un neumotórax espontáneo que obliga al Dr. Antonio Barbero —el médico especialista buscado por Josefina y Elvira (una de las hermanas de Miguel) para practicar la operación con garantías— a ponerle una cánula intrapleural. Pero la enfermedad progresa velozmente: la pleura se infecta y ocasiona un empiema. Miguel sufre una segunda operación. Las curas se hacen «con trapos y mal»...

Se impone el casamiento por la Iglesia y el matrimonio

se celebra el 4 de marzo de 1942: Miguel ve brevemente a Josefina. Dos o tres días antes de morir escribe las últimas líneas de su vida y que, sin embargo, acaban en un final esperanzador: «En cuanto salga de aquí, la mejoría será como un relámpago. Besos a mi hijo. Te quiero, Josefina. MIGUEL».

Y le llega la muerte, pensando en los seres queridos, el 28 de marzo de 1942, a las cinco y media de la mañana. Y son sus palabras finales: «¡Qué desgraciada eres, Josefina!» Queda con los ojos abiertos, tremendamente dilatados por un hipertiroidismo, y nadie puede cerrarlos.

Estructura de las cartas

La extensión es, naturalmente, muy variable. Hay cartas de media página, de una, de dos, de tres. Las últimas —escritas en el Reformatorio de Alicante— son notas difícilmente escritas por un hombre enfermo o dictadas a un compañero.

Ya hemos advertido que, en muchas ocasiones, el poeta intercala, en sus cartas a Josefina, otras más breves para su hijo Manolillo, usando un lenguaje comprensible para el niño, como si éste entendiera o supiera leer.

Muy características son las dos series inventadas por el poeta para su epistolario amoroso: la serie «Amor» y la serie «Querer». Datan del año 1936 y coinciden con su noviazgo. El lector observa que las fechas —ordenadamente consecutivas en su frecuencia— saltan en el mes de julio (serie «Amor»); pronto averigua que el hecho ha ocurrido porque no circulaban trenes, interrumpiendo el servicio de correos.

Las cartas escritas en las cárceles son más espaciadas porque los presos sólo tienen un día por semana para escribir: a la esposa, a la familia, a los amigos. En todas ellas, Miguel evidencia su constante preocupación por Josefina, Manolillo, cuñadas («hijas»), su madre y demás familiares, reclamando sin cesar noticias de todos y de cada uno.

Estilo epistolar

En las cartas a Josefina abundan las hipérboles, fruto de un amor apasionado: «No sé si tengo un corazón o un millón para quererte» (junio 30, 1936); «con mi sangre estaría dispuesto siempre a escribirte» (febrero 27, 1937). Algunas comparaciones salpican esta correspondencia, junto a gracias y chistes, contrapeso del dolor que le causan las separaciones a que están condenados. El humor matiza situaciones muy variadas desde el principio de esta comunicación epistolar. Por ejemplo, al saber que Josefina está bordando una mantelería para su boda, Miguel bromea: «Sigue haciendo escudos si crees tú que somos reyes, altezas o lo que tú quieras». Humor que aplica a sus circunstancias de preso y para consolar a Josefina: «Lo que pasa tiene poca importancia y si no he salido ya es por las muchas tareas que tiene el gobierno del Generalísimo, que Dios conserve» (mayo 28, 1939). Algunas despedidas merecen mención especial por ser inusuales: «Abrazangos, grandangos de tu cariñango —Miguelongo» (octubre 14, 1939); «recibe... el cariño encerrado y empiojado y... perdido de tu preso» (septiembre 12, 1939).

La facilidad literaria del poeta se derrama en los infinitos epítetos que llenan sus cartas a Josefina: delicados, tiernos, jocosos, cariñosísimos, inverosímiles, líricos diminutivos... En Puertollano y a fines de mayo de 1936, el poeta crea una simbiosis amorosa al firmar «Miguel-Josefina»: son dos nombres equivalentes en una misma persona.

Final

Todas estas cartas destilan amor y humanidad de novio, esposo y padre. Algunas son el testimonio de experiencias de guerra. Otras, las de un preso injustamente encarcelado y condenado. Y las notas finales son documentos estremecedores del último calvario sufrido por Miguel Hernández, uno de los más grandes poetas españoles del siglo XX, fallecido en plena juventud y madurez.

Su epistolario a Josefina Manresa no sólo fundamenta su biografía amorosa sino que evidencia el origen —real y vital— de muchísimos de sus poemas: experiencias transmutadas en poesía. El amor, el dolor y la muerte se entrelazan y se funden en su temática, naciendo de la vida misma: estas cartas proclaman su autenticidad más genuina, conmoviendo hondamente al lector sensible. Historia e intrahistoria se funden en vivísima materia humana y en moral paradigma.

CONCHA ZARDOYA

El Plantío (Madrid).